

## ¿Qué va a ser de la Turquía europea?

Federico Engels  
Principios de abril de 1853

(Versión al castellano de Vicent Blat desde “[WHAT IS TO BECOME OF TURKEY IN EUROPE?](#)”, consultado el 17 de noviembre de 2024, en [Marx and Engels Works](#); también para las notas. Escrito a principios de abril de 1853. Publicado por primera vez en el *New-York Daily Tribune*, número 3.748, 21 de abril de 1853, reimpresso en el *New-York Weekly Tribune*, número 607, 30 de abril de 1853.)

Hemos visto cómo la obstinada ignorancia, la rutina consagrada por el tiempo, la hereditaria somnolencia mental de los estadistas europeos, se encoge ante el mero intento de responder a esta pregunta. Aberdeen y Palmerston, Metternich y Guizot, por no hablar de sus sustitutos republicanos y constitucionales de 1848 a 1852, que nunca serán nombrados, todos desesperan de una solución.

Y todo el tiempo Rusia avanza paso a paso, lenta, pero irresistiblemente, hacia Constantinopla, a pesar de todas las notas diplomáticas, complós y maniobras de Francia e Inglaterra.

Ahora bien, este avance constante de Rusia, admitido por todas las partes, en todos los países de Europa, nunca ha sido explicado por los hombres de estado oficiales. Ven el efecto, ven incluso la consecuencia última, y sin embargo la causa se les oculta, aunque nada es más simple.

La gran fuerza motriz que impulsa a Rusia hacia Constantinopla, no es más que el mismo dispositivo, diseñado para mantenerla alejada de ella; el vacío, la teoría nunca aplicada del status quo.

¿Cuál es este status quo? Para los súbditos cristianos de la Puerta, significa simplemente el mantenimiento por los siglos de los siglos de la opresión turca sobre ellos. Mientras estén oprimidos por el dominio turco, el jefe de la Iglesia griega, el gobernante de sesenta millones de cristianos griegos, sea lo que sea en otros aspectos, es su *liberador y protector natural*. Así es como diez millones de cristianos griegos de la Turquía europea se ven obligados a recurrir a la ayuda rusa, mediante ese mismo plan diplomático inventado para impedir las invasiones rusas.

Véanse los hechos tal como los registra la historia. Incluso antes del reinado de Catalina II, Rusia nunca omitió la oportunidad de obtener condiciones favorables para Moldavia y Valaquia. Estas estipulaciones, finalmente, fueron llevadas a tal extremo en el Tratado de Adrianópolis (1829)<sup>1</sup> que los principados arriba mencionados están ahora más sujetos a Rusia que a Turquía. Cuando, en 1804, estalló la revolución serbia, Rusia tomó inmediatamente bajo su protección a los reayas rebeldes, y en dos tratados, después de haberlos apoyado en dos guerras, garantizó la independencia interna de su país<sup>2</sup>.

---

<sup>1</sup> El Tratado de Adrianópolis. Tratado de paz firmado entre Turquía y Rusia en septiembre de 1829 para poner fin a la guerra ruso-turca de 1828-29-. En virtud del tratado, Rusia obtuvo el delta del Danubio con sus islas y una parte considerable de la costa oriental del mar Negro al sur del estuario del Kuban. Turquía debía reconocer la autonomía de Moldavia y Valaquia, concediéndoles el derecho a elegir independientemente a sus gobernantes; su autonomía debía ser garantizada por Rusia. El gobierno turco también se comprometía a reconocer a Grecia como estado independiente, cuya única obligación para con Turquía era pagar un tributo anual al Sultán, y a observar los tratados anteriores en lo referente a la autonomía serbia, emitiendo una orden especial en reconocimiento oficial de la misma. El cuaderno de Marx con extractos de 1853 contiene, en la página 18, un pasaje en francés del tratado de Adrianópolis. El texto del tratado se publicó en muchas colecciones de documentos, en obras de varios autores citados por Marx y en publicaciones periódicas.

<sup>2</sup> La insurrección serbia, que estalló en febrero de 1804 contra el régimen arbitrario y las brutales represalias de los jenízaros turcos, se convirtió en una lucha armada por la independencia del país de Turquía. Durante la insurrección se estableció un gobierno nacional y Georgi Petrović (Karageorge), el líder de los insurgentes, fue proclamado gobernante supremo hereditario del pueblo serbio en 1808. El movimiento serbio se vio muy favorecido por las exitosas operaciones del ejército ruso en los Balcanes durante la guerra

Cuando los griegos se rebelaron, ¿quién decidió la contienda? No las conspiraciones y rebeliones de Alí Pachá de Janina, no la batalla de Navarino, no el ejército francés en la Morea<sup>3</sup>, no las conferencias y protocolos de Londres, sino la marcha de los rusos de Diebitsch a través de los Balcanes hacia el valle del Maritza<sup>4</sup>. Y mientras Rusia emprendía sin miedo el desmembramiento de Turquía, los diplomáticos occidentales seguían garantizando y considerando sagrado el statu quo y la inviolabilidad del territorio otomano.

Mientras la tradición de mantener, a cualquier precio, el statu quo y la independencia de Turquía en su estado actual sea la máxima dominante de la diplomacia occidental, Rusia será considerada, por nueve décimas partes de la población de Turquía en Europa, su único apoyo, su libertador, su Mesías.

Ahora bien, supongamos por un momento que se eliminara el dominio turco en la península de greco-eslovena; que existiera un gobierno más adecuado a las necesidades del pueblo; ¿cuál sería entonces la posición de Rusia? El hecho es notorio: en cada uno de los estados que han surgido en suelo turco y adquirido independencia total o parcial, se ha formado un poderoso partido antiruso. Si este es el caso en un momento en que el apoyo ruso es su única salvaguardia contra la opresión turca, ¿qué podemos esperar, entonces, tan pronto como el temor a la opresión turca se haya desvanecido?

Pero eliminar la autoridad turca más allá del Bósforo; emancipar a los diversos credos y nacionalidades que pueblan la península; abrir la puerta a los planes y maquinaciones, a los deseos e intereses en conflicto de todas las grandes potencias de Europa, ¿por qué no provoca esto la guerra universal? Así se interrogan la cobardía y la rutina diplomáticas.

Por supuesto, no se espera que los Palmerstons, los Aberdeens, los Clarendons, los secretarios continentales de asuntos exteriores, hagan tal cosa. No pueden verlo sin

---

ruso-turca de 1806-1812. Según el tratado de paz de Bucarest de 1812, Turquía debía conceder a Serbia autonomía en los asuntos internos. Sin embargo, aprovechando la invasión de Napoleón en Rusia, el sultán turco organizó una expedición punitiva a Serbia en 1813 y restauró allí su dominio. Como resultado de una nueva insurrección de los serbios en 1815 y también de la ayuda diplomática de Rusia, el dominio turco fue derrocado. Tras la guerra ruso-turca de 1828-29, que terminó con la firma de un tratado de paz en Adrianópolis en 1829, Turquía reconoció la autonomía, es decir, la virtual independencia, del principado serbio en una orden especial emitida por el Sultán en 1830.

<sup>3</sup> Alí Pachá de Janina, que gobernaba un vasto territorio en el suroeste de los Balcanes (Epiro, Albania, Macedonia del Sur y otras tierras, con Janina como centro), estaba en guerra con el sultán turco desde 1820, hecho que contribuyó al éxito del levantamiento griego. Sin embargo, a diferencia del movimiento de liberación nacional de los griegos, esta lucha era de carácter feudal-separatista y terminó con su derrota en 1822. La batalla de Navarino [Pilos] tuvo lugar el 20 de octubre de 1827. La libraron la flota turco-egipcia, por un lado, y la flota aliada británica, y rusa comandada por el vicealmirante Codrington, por otro lado. Esta última fue enviada por las potencias europeas a aguas griegas con el fin de mediar armadamente en la guerra entre Turquía y los insurgentes griegos. La batalla se saldó con una aplastante derrota de la flota turco-egipcia. Al estallar la guerra entre Turquía y Rusia en la primavera de 1828, tropas francesas al mando del general Maison desembarcaron en agosto en Morea (el Peloponeso), en el sur de Grecia, y ocuparon la península. El objetivo de la expedición, organizada con el pretexto de prestar ayuda a los griegos, era contrarrestar la creciente influencia rusa en los Balcanes y consolidar la posición de Francia en la región.

<sup>4</sup> Las conferencias de Londres de los representantes de Gran Bretaña, Rusia y Francia se celebraron en 1827-1829 y en ellas se discutió la cuestión griega. El 6 de julio de 1827, las tres potencias firmaron una convención que confirmaba el protocolo sobre la autonomía griega firmado por Gran Bretaña y Rusia en San Petersburgo el 4 de abril de 1826. Tanto el protocolo como la convención contenían cláusulas sobre el reconocimiento diplomático de Grecia como estado independiente y la mediación armada en el conflicto turco-griego. Sobre la base de esta convención, la flota aliada fue enviada a aguas griegas y participó en la batalla de Navarino. También se firmaron otros documentos relativos a Grecia, como el protocolo del 22 de marzo de 1829, que establecía las fronteras del estado griego y preveía una forma de gobierno monárquica en Grecia. Sin embargo, estos acuerdos y las medidas adoptadas por Gran Bretaña y Francia, que esperaban resolver el conflicto por la vía diplomática, sin que Turquía sufriera una derrota en la guerra ruso-turca, no consiguieron que Turquía cambiara de actitud respecto a la cuestión griega. Sólo después de la victoria del ejército ruso al mando del general Diebich en la campaña de 1829, Turquía aceptó hacer algunas concesiones.

estremecerse. Pero quien, en el estudio de la historia, haya aprendido a admirar las eternas mutaciones de los asuntos humanos en los que nada es estable salvo la inestabilidad, nada es constante salvo el cambio; quien haya seguido esa severa marcha de la historia cuyas ruedas pasan implacables sobre los restos de los imperios, aplastando a generaciones enteras, sin considerarlas merecedoras siquiera de una mirada de compasión; quien, en suma, haya tenido los ojos abiertos al hecho de que nunca hubo un llamamiento demagógico o una proclama insurgente, tan revolucionarios como los registros lisos y llanos de la historia de la humanidad; quien sepa apreciar el carácter eminentemente revolucionario de la época actual, en la que el vapor y el viento, la electricidad y la imprenta, la artillería y los descubrimientos del oro cooperan para producir en un año más cambios y revoluciones de los que jamás se produjeron en un siglo, no rehuirá ciertamente afrontar una cuestión histórica, por la consideración de que su adecuada solución pueda provocar una guerra europea.

No, la diplomacia, el gobierno a la vieja usanza, nunca resolverá la dificultad. La solución del problema turco está reservada, con la de otros grandes problemas, a la revolución europea. Y no hay ninguna presunción en asignar esta cuestión aparentemente remota al dominio legítimo de ese gran movimiento. Los hitos revolucionarios no han dejado de avanzar desde 1789. Los últimos puestos avanzados revolucionarios fueron Varsovia, Debreczin, Bucarest; los puestos avanzados de la próxima revolución deben ser Petersburgo y Constantinopla. Son los dos puntos vulnerables donde el coloso antirrevolucionario ruso debe ser atacado.

Sería un mero esfuerzo de fantasía ofrecer un esquema detallado de cómo podría repartirse el territorio turco en Europa. Podrían inventarse veinte esquemas de este tipo, cada uno tan plausible como el otro. Lo que tenemos que hacer no es elaborar programas fantasiosos, sino buscar conclusiones generales a partir de hechos indiscutibles. Y desde este punto de vista la cuestión presenta un doble aspecto.

En primer lugar, es una realidad innegable que la península, comúnmente llamada Turquía en Europa, constituye la herencia natural de la raza eslava del sur. Esa raza proporciona siete de cada doce millones de sus habitantes. Ha estado en posesión del suelo durante mil doscientos años. Sus competidores, si exceptuamos una escasa población que ha adoptado la lengua griega, aunque en realidad de ascendencia eslava, son los bárbaros turcos o arnautas, condenados desde hace tiempo a la más inveterada oposición a todo progreso. Los eslavos del sur, por el contrario, son, en los distritos del interior del país, los representantes exclusivos de la civilización. Aún no forman una nación, pero tienen un núcleo de nacionalidad poderoso y comparativamente ilustrado en Serbia. Los serbios tienen una historia y una literatura propias. Deben su actual independencia interna a una lucha de once años, llevada a cabo valientemente contra un número superior. En los últimos veinte años han crecido rápidamente en cultura y medios de civilización. Son considerados por los cristianos de Bulgaria, Tracia, Macedonia y Bosnia como el centro en torno al cual, en sus futuros esfuerzos por la independencia y la nacionalidad, todos ellos deben unirse. De hecho, puede decirse que, cuanto más se ha consolidado Serbia y la nacionalidad serbia, más se ha relegado a un segundo plano la influencia directa de Rusia sobre los eslavos turcos; porque Serbia, para mantener su posición diferenciada como estado cristiano, se ha visto obligada a tomar prestadas del oeste de Europa sus instituciones políticas, sus escuelas, sus conocimientos científicos, sus aparatos industriales; y así se explica la anomalía de que, a pesar de la protección rusa, Serbia, desde su emancipación, haya formado una monarquía constitucional.

Cualesquiera que sean los lazos que la consanguinidad y las creencias religiosas comunes puedan trazar entre los eslavos rusos y turcos, sus intereses serán decididamente opuestos desde el día en que estos últimos se emancipen. Las necesidades comerciales derivadas de la posición geográfica de los dos países lo explican. Rusia, país interior compacto, es esencialmente un país de producción predominantemente agrícola, y quizás,

algún día, manufacturera. La península de greco-eslovena, pequeña en extensión, comparativamente, con una enorme extensión de costa en tres mares, uno de los cuales domina, es ahora esencialmente un país de tránsito comercial, aunque con las mejores capacidades para la producción independiente. Rusia es monopolizadora, Eslovenia del sur es expansiva. Son, además, competidores en Asia central; pero mientras Rusia tiene todo el interés en excluir todo lo que no sea su propia producción, Eslovenia del sur tiene, incluso ahora, todo el interés en introducir en los mercados orientales los productos de Europa occidental. ¿Cómo es posible, entonces, que las dos naciones se pongan de acuerdo? De hecho, los turcos de Eslovenia del sur y los griegos tienen, incluso ahora, muchos más intereses en común con Europa occidental que con Rusia. Y tan pronto como la línea de ferrocarril, que ahora se extiende desde Ostende, Havre y Hamburgo hasta Pest, haya sido continuada hasta Belgrado y Constantinopla (lo cual está ahora en estudio), la influencia de la civilización occidental y el comercio occidental se harán permanentes en el sudeste de Europa.

Otra vez: los eslavos turcos sufren especialmente por su sometimiento a una clase musulmana de ocupantes militares a los que tienen que mantener. Estos ocupantes militares reúnen en sí mismos todas las funciones públicas, militares, civiles y judiciales. Ahora bien, ¿cuál es el sistema de gobierno ruso, allí donde no se mezcla con instituciones feudales, sino una ocupación militar, en la que la jerarquía civil y judicial están organizadas de manera militar, y donde el pueblo tiene que pagar por el todo? Quien piense que un sistema así puede tener encanto para los eslavos del sur, puede estudiar la historia de Serbia desde 1804. Kara-George, el fundador de la independencia serbia, fue abandonado por el pueblo, y Miloš Obrenović, el restaurador de esa independencia, fue ignominiosamente expulsado del país, porque intentaron introducir el sistema autocrático ruso, acompañado de su corrupción concomitante, burocracia medio militar y extorsión tipo pachá.

He aquí, pues, la solución simple y definitiva de la cuestión. La historia y los hechos actuales apuntan por igual a la erección de un estado cristiano libre e independiente sobre las ruinas del imperio musulmán en Europa. El próximo esfuerzo de la revolución difícilmente puede dejar de hacer necesario tal acontecimiento, pues difícilmente puede dejar de inaugurar el largamente madurado conflicto entre el absolutismo ruso y la democracia europea. Inglaterra debe tomar parte en ese conflicto, cualquiera que sea el gobierno en el que se encuentre. Nunca puede permitir que Rusia obtenga la posesión de Constantinopla. Entonces debe tomar partido por los enemigos del zar y favorecer la construcción de un gobierno eslavo independiente en lugar de la Sublime Puerta, derrocada y decadente<sup>5</sup>.

**Edicions Internacionals Sedov**  
**Marx y Engels, materiales. Correspondencia, artículos, obras, textos de la Liga de los Comunistas y I Internacional.**



[germinal\\_1917@yahoo.es](mailto:germinal_1917@yahoo.es)

---

<sup>5</sup> Los editores del *New-York Daily Tribune* insertaron el siguiente pasaje al final del artículo (que también fue reproducido en el *New-York Weekly Tribune*): “Por el momento, el deber de aquellos que quieren promover la causa popular en Europa es prestar toda la ayuda posible al desarrollo de la industria, la educación, la obediencia a la ley y el instinto de libertad e independencia en las dependencias cristianas de Turquía. La paz y el progreso futuros del mundo están en juego. Para que haya cosecha, no se puede poner excesivo cuidado en la preparación del terreno y en la siembra de la semilla.”